

EL

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADEBLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*La Maledicencia*, poesia, por doña Antonia Diaz de La-marque.—*Preferencias de un padre*, (continuacion), por doña María Mendoza de Vives.—*Lo que se vé en casa de la señora Tussaud*, (continuacion), por Alejandro Dumas.—*El Odio*, por don Eusebio Blasco.—*Mojar*, por Pamela.—*Labores*, por Pamela.
Con este número se reparte una lámina de tapicería y el pliego sexto del tomo sexto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

XL.

CAMILO Á OCTAVIO.

Urrea, octubre de 18...

Tu carta me ha decidido, y salgo hoy para Madrid en busca de Clara, con la que muy pronto estaré á tu lado.

Nadie, como yo, admira la heroica virtud de mi mujer; nadie puede comprender, como yo, cuanto habrá sufrido antes de quejarse, ella tan altiva y valerosa.

¡Oh! si yo hubiera sabido que esa infernal mujer le habia dado tan rudo golpe, cómo hubiera acudido á consolarla! cómo hubiera logrado infundir en su alma paz y serenidad!

Pero nada he sabido hasta muy tarde, y esa desgraciada ha apurado lentamente el mortal veneno de un dolor sin lenitivo.

Este amargo pensamiento me preocupa de tal modo, que apenas recuerdo la dicha de ser padre.

Mi hijo no sufre todavía; y su madre es muy desgraciada por mi culpa.

¡Ah! no es eso lo que ella tenia derecho á esperar de mí al aceptar, para hacer el áspero camino de la vida, mi compañía y mi proteccion!

¡Cómo me aborrezco y me detesto á mí mismo! ¡qué despreciable me veo!

¡Pobre, pobre Clara!

Tienes razon, amigo mio: no debo ir á tu lado para curarme, porque ya no estoy enfermo, sino al suyo: ya estoy curado: ante el recuerdo de mi mujer, el de Mérida palidece, y creo que, antes de mucho tiempo, la miraré con un afecto enteramente fraternal.

Si Clara hubiera hecho lo que la generalidad de las mujeres, si hubiera venido á donde yo estaba á cerciorarse de si era verdad lo que le decian en esa carta, si hubiera llorado, si me hubiera llenado de cargos é improprios, si hubiera divulgado mi flaqueza, mi orgullo de hombre se hubiera sublevado, y quizá hubiera roto por mi mano unos lazos, que ya se me iban haciendo demasiado pesados; pero no puedo menos de respetar y admirar á mi mujer encerrándose en su casa para morir silenciosamente, y llamándose al mismo tiempo con el acento del ruego y del perdon.

Ya te lo dije. Si Clara sabe lo que pasa en mi corazon despues de escrita la carta que me ha dirigido, se ha elevado á mis ojos sobre todas las mujeres.

Dejo, pues, estos sitios, donde tanto he soñado, curado, al menos por ahora: creo que mi hijo y mi mujer me librarán de otra nueva do-

lencia, ó mejor dicho, de recaer en la misma; todavía no había tenido tiempo de apreciar á Clara, porque desde el día en que la ví por primera vez, ví también á su hermana ante mis ojos; desde hoy empezaré á conocerla y á amarla: estoy seguro de ello.

Quisiera ahora que voy á ser padre—y lo deso por la primera vez de mi vida—ser rico, ó á lo menos tener lo mucho que he dado á ingratos que no me lo han agradecido: ya sé que la felicidad no es la riqueza: pero sé también que la riqueza es un poderoso auxiliar de la felicidad: donde los medios sobran, rara vez falta ni la alegría ni la serenidad del carácter, ni la paciencia: donde la pobreza impera, cada paso es un tropiezo y la irritación que causan las privaciones se encuentra á cada instante con obstáculos que la hacen crecer.

Sin embargo, no pido á Dios la opulencia, sino que me conserve la holgada medianía que aun poseo y que creo bastante para el decoro de mi casa.

El trabajo lo embellece todo y yo trabajaré; ya sabes mi opinión, que tú has aprobado muchas veces, acerca de la ociosidad en que consumen su vida muchos jóvenes de nuestra clase; sumergidos en el fondo de sus gabinetes desde que se levantan—que jamás es antes de las dos de la tarde,—pasan su existencia sin darse cuenta de ella, y sin haber contemplado jamás el magnífico espectáculo de la salida del sol, ni el modo con que desaparecen las estrellas á la llegada de la aurora.

¡Desgraciados! ¡cuánto les compadezco! para ellos lo bello es una quimera, es una mentira: la prosa de la vida es lo que les rodea por todas partes, y solo tienen fijos los ojos en las miserias de la tierra sin querer levantarlos jamás al cielo.

No será así, por cierto, como yo eduque á mis hijos: á cada uno procuraré abrir un porvenir de trabajo, de holgura, de felicidad, que les ponga al abrigo de la escasez y de la pobreza; á cada uno enseñaré que las horas del trabajo son las mas dulces, y que el trabajo es el amigo mas fiel que tiene el hombre en la tierra.

Al que no sea apto para las tareas del entendimiento; al que no pueda ser pintor, músico ó poeta, le haré aprender un arte mecánico, para que jamás se vea devorado por el cáncer de la ociosidad, ni agobiado por los horrores de la pobreza.

No sé el tiempo que estaremos en París; ¡ay!

casi no sé tampoco cuando iremos! temo hallar á Clara enferma de peligro, y solo me tranquiliza una cosa que antes me era muy sensible: el silencio de la condesa: creo que si su hija se hallase en un estado peligroso, hubiera dejado á un lado el resentimiento que pudiera tener conmigo y me hubiera escrito: esa noble señora es indulgente como todos los que poseen una alma generosa, y además el temor de perder á su hija le hubiera hecho olvidarlo todo.

Si Clara está solo indispuesta á causa de su tristeza, espero curarla muy pronto, y la llevaré al instante á París: te doy gracias por tu propósito de buscarnos habitación y la acepto tal como tú la tengas preparada.

También te doy permiso para que ofrezcas á Clara cada día un ramillete, aunque esta atención la hayas tenido ya con su enemiga: ¿pero qué importa? las flores son siempre bellas y mas cortadas por la mano de la amistad: además, yo compadezco á esa pobre y estraviada muchacha, y, si me es posible, arrancaré del alma de Clara las semillas del odio, dado caso que hayan empezado á nacer en la suya que es tan noble y tierna.

Pero no: estoy seguro de que así que yo se la pida, me dará esa despreciable carta, que la estará martirizando, en cuya lectura se gozará quizá con un amargo placer.

Adios, Octavio, hasta muy pronto; en breve llegarán ante tí dos jóvenes esposos, pálidos, flacos, demacrados por el soplo abrasador de las pasiones; cúralos tú con el suave aroma de tu afecto; y ciñe sus sienes con las frescas flores de la verdadera y leal amistad.

CAMILO.

(Se continuará).

María del Pilar Sinués de Marco.

LA MALEDICENCIA.

En un extremo apartado
De ancho, frondoso jardín,
Oculta una planta crece
Entre ramas mil y mil.

Desde allí á las flores mira
Envidiosa, y desde allí
Nota las faltas de todas
Con intencion torpe y vil.

Y halla inodora la dalia,
Descolorido el jazmín,

Pobre el nardo de hojas verdes
Y sin gracia el alhelí.

Basto el clavel y la rosa,
Aunque fragante y gentil,
«Con sus espinas, murmura,
No hay quien la pueda sufrir.»

Necia juzga á la violeta
Pues vive oculta, y en fin,
No hay una que pueda libre
De sus sarcasmos vivir.

«¿Quién es esta, el euro esclama,
»Que á las demás hiere así
»Y flor ninguna halla buena
»De cuantas mira lucir?

»Bella será mas que todas
»Y mas que todas gentil,
»¡Oh! quiero pues sus colores
»Entusiasmado aplaudir.»

Tal pronuncia: por hallarla
Recorre inquieto el jardín,
Y el ramaje que la encubre
Ligero hiende y sutil.

Mas ¿cuál no será su asombro
Cuando mirar puede allí,
Que es la que á todas critica
La ortiga infecunda y vil?

«Y eres, dice, la que anhela
»Los defectos descubrir
»De esas esmaltadas joyas
»Tesoro y gala de abril?

«Mas si sus faltas publicas
»Me querrás ahora decir,
»Motejadora implacable,
»Qué méritos hay en tí?»

¡Cuántas veces el que osado
No cesa de maldecir
Es acaso entre los hombres
El mas mísero y ruin!

¡Oh! si pudiera á su oído
El euro tambien decir,
«Motejador implacable,
»Qué méritos hay en tí?»

Antonia Diaz de Lamarque.

PREFERENCIAS DE UN PADRE.

(Continuacion).

Detúvose Inés y á tan tristísimo recuerdo dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos.

¡Ay! era verdad; con la severidad del padre

creyóse la hija dispensada de sus debares, y aconsejada por la vanidad y el amor huyó de su casa, para pasar rápidamente del lado de un amante rico, al sitio en que se hallaba ahora, perenne teatro de las humanas miserias. Cuántas ¡ay! son aun mas desventuradas, pues no llegan á él sino despues de haber descendido hasta los últimos grados de la mas repugnante disolucion.

Inés, entre las angustias de la agonía, refirió á Margarita las circunstancias de su fuga, y cómo se encontraba en tan triste lugar. Su historia era breve, pero dolorosísima é impregnada de lágrimas y sangre.

El hombre que, como la serpiente á Eva, habló á Inés de grandeza y felicidad para lanzarla mejor en el camino de la culpa, sucumbió á los pocos meses en una reyerta originada por el juego. Aterrada la jóven por esta muerte que la dejaba sola, en país extranjero, con un cadáver en los brazos y no bastante pervertida para avanzar en la vergonzosa senda que habia emprendido, vendió sus galas, esos demonios tentadores de las hermosas desvalidas, y con su importe mandó sepultar los restos de su amante, vistiéndose de luto y volvió á su país. ¡Oh! quién la hubiera dicho unos meses antes, que aquellos ricos presentes, armas de la seducción, serian antes de mucho vendidos á ínfimo precio para comprar la tumba del culpable libertino y las tocas de luto á su desamparada víctima.

Inés no tuvo valor para volver á su casa, y fué á esconder su deshonra en la buhardilla de una mujer, tercera un dia en sus amores, y á quien entregando cuanto le quedaba pidióle un lecho donde morir. Allí, en medio de una larga enfermedad dió á luz un niño, que la mujer guardó dos dias; pero viendo que el estado de la madre se agravaba y que los recursos entregados tocaban á su término, le marcó de modo que pudiera ser reconocido y lo llevó á la inclusa haciendo al mismo tiempo trasladar á la enferma al sitio donde la encontró Margarita.

Muchos dias pasó la triste en aquel lecho; al cabo de ellos despejaronse sus potencias, recorrió lo pasado, pensó en su hijo, escribió á su hermana y se preparó á morir.

—Ahora que lo sabes todo, concluyó Inés, solo me falta recomendarte á mi hijo, regándote que le saques de allí donde le llevaron sin mi voluntad, y que hagas con él las veces de madre.

—Yo te juro serlo desde ahora, exclamó Margarita arrodillándose junto á la cama.

—Dios y el mundo te lo recompensen, murmuró la moribunda cogiendo entre sus manos la cabeza de la joven y depositando en ella su último beso.

Es preciso haber pasado largas horas con la anhelante inquietud que despierta en el alma la ausencia inmotivada de una persona querida, para comprender los dolores de la pobre ciega por la tardanza de Margarita.

El temor de Gifre era de distinta especie; se acordaba de Inés, y una rencorosa desconfianza, un vergonzoso afán, despertábase en su corazón, afán que ocultaba á su esposa, devorándole en silencio, como las secretas torturas de un oculto cilicio. El temor de un segundo escándalo le sellaba los labios hasta para con aquella triste madre, que menos desconfiada y mas expansiva, atreviéndose al fin á exclamar:

—Pero ¿dónde puede estar Margarita?

—¿Dónde? murmuró Gifre, en esta casa hace frío, el pan escasea á veces, y no se oye otro rumor que los ayes de un enfermo y los suspiros de una ciega... ¡Juana, Juana! si es verdad lo que temo, muramos de vergüenza y de hambre antes que las gentes conozcan y comenten nuestra desgracia.

—Si no puede ser, replicó la madre, si tiene que haberle sucedido algo inesperado, porque hasta la llave se llevó.

Gifre lanzó una especie de ronquido y todo volvió á quedar en el mayor silencio. Así transcurrieron las horas del día.

La tarde se acercaba á su fin cuando una llave resonó en la cerradura y Margarita, lívida, desencajada, con un nuevo dolor en el alma y una nueva carga en los brazos presentóse á los ojos del padre.

—¿Dónde has estado? preguntóle este con ademán severo, incorporándose al mismo tiempo sobre la cama.

—En el hospital, respondió la hija acercándose al lecho.

—¿A qué?

—A recibir el último suspiro y un precioso legado de una moribunda.

—¿Una moribunda, un legado! ¿qué quieres decir?

—Mirad, respondió Margarita presentándole un niño de pocos días que, como si comprendiera cuanto pasaba, abrió en aquel momento los ojos, exhaló un gemido y tendió hácia el aterrado obrero sus trémulas manos.

—Pero yo no comprendo... ¿esa criatura?

—No podeis rechazarla porque tiene vuestra sangre, exclamó Margarita cayendo de rodillas y prorumpiendo en llanto.

—¡Ah! Esa moribunda..... gritó la madre avanzando hácia la hija y asiéndola con crispada mano.

—Era Inés que acaba de espirar y á quien he jurado no abandonar á su hijo.

—¡Inés, Inés! gritó la madre, y cayó, como Margarita, de rodillas junto al lecho.

VIII.

¿Qué dolor no encuentra su consuelo, ni qué veneno carece de su triaca? Para horadar la peña mas dura le basta al pobre manantial su continua gota; para quebrantar la fiereza del hombre mas rudo, tiene la mujer su constante paciencia, su sublime abnegacion.

La madre ciega se ha resignado con su suerte, Margarita adivina y previene los deseos de su padre, y este, cuya dolencia le permite ahora pasar algunos ratos en un sillón, juega durante ellos con el nietezuelo como no jugó con sus hijos. Vedles á ambos colocados ante una ventana por la que el descolorido sol de noviembre deja penetrar uno de sus rayos, que ilumina, sin calentar, las rodillas del enfermo. El niño, que cuenta ya tres años, está de pié afanándose en vano por coger aquella faja luminosa sobre la que lleva sus diminutas manos, y que cuanto mas la estrecha mas rápidamente huye. Distruido con el niño, no repara Gifre en Margarita, que inclinada sobre su labor responde tristemente á las preguntas de su madre.

—¿A qué habia de deciros lo que no podeis remediar!

—¿Y temes que venga?

—Está en su derecho, veinte días hace que venció el trimestre; desde entonces le entretengo con excusas; ayer estaba tranquila, á fuerza de afanes habia completado la cantidad que hoy he invertido en la nueva medicina para padre y otros gastos que habia olvidado.

—¿Y por qué no acudes al padre Andrés?

—Porque es cuasi tan pobre como nosotros y no sé cuando podria devolverle lo que me prestase.

—¡Ya se vé, tú sola para todo! ¡Ay! si al menos yo no hubiera perdido la vista, ó me quedara alguno de mis otros hijos...! Y si llega á subir ese hombre no hay remedio; le conozco bien, es grosero como él solo, y cuando entra,



viene irritado contra otros muchos que como nosotros se están ahogando... ¡Ah! Dios mío, ¿si será él?

Una fuerte aldabada acababa de sonar. Margarita abrió la puerta.

Un hombre pequeño, obeso, de fisonomía vulgar, vestido con un pantalón oscuro y un paletó deteriorado, entró en la casa diciendo, sin quitarse el ancho hongo que cubría su cabeza:

—¿Es hora ya?

—Sí, señor, repuso Margarita; pero tendreis la bondad de esperar una semana, cinco días siquiera....

—Ni uno, ni medio; para esperar estoy, ¡pues bueno fuera volverme sin nada, después de los noventa y tantos escalones que acabo de trepar!

—Pero señor, si hoy no me es posible, si mañana....

—Mañana será otro día, veinte me han repetido ya lo mismo; por lo tanto, no hay apelación; ó el dinero al punto, ó desalojar el piso; esto mismo os repetí hace una semana.

—Es verdad, pero....

—Ni pero, ni manzana; lo dicho dicho y la jaca en la puerta.

La ciega comenzó á temblar; Margarita por tranquilizarla acercóse y le dijo bajo:

—No temais, lo dice, pero no lo hará, no puede.

El hombre, que oyó las últimas frases, gritó colérico:

—¿Que no lo haré? por Dios vivo que vais á verlo. Y disparado como un cohete, bajó la escalera subiendo luego con dos hombres.

—Pronto, dijo, los trastos á la calle.

—¡Oh! gritó Gifre, ¡si yo pudiera levantarme de aquí!

—Señor, clamó Margarita, mirad lo que haceis, mirad...

—Nada, nada; coged la sillas, esta cuna, esta mesa y cuanto haya.

A esta orden, los hombres cogieron los trastos, el niño que vió arrebatarse su cuna abrazóse á ella y comenzó á dar gritos, mientras la madre lloraba, y Gifre, encadenado al sillón, levantaba el puño y profería palabras amenazadoras. De pronto Margarita lanzó un grito y corrió hacia el padre Andrés, que como el ángel del consuelo, no subía á las habitaciones de los pobres sino cuando había lágrimas que enjugar y en aquel momento estraba con un periódico en la mano.

—¿Qué es esto, hija, qué es esto? preguntó.

—Que no se me paga y además se me insulta y provoca, por lo que los planto en la calle, dijo el procurador.

—Pero esto es un atropello, replicó el sacerdote.

—Que lo sea; ¿creéis que por eso perderé la procura? Ea, muchachos, abajo con todo.

—¿Sin consideración á este triste enfermo, á esta pobre ciega y á esta inocente criaturita?

—Yo no considero á nadie; estoy harto ya: con que abajo con todo.

—Abajo no, á mi casa; pobre es, pero muebles y dueños caben en ella.

—Imposible, señor; harto habeis hecho, dijo Margarita muy conmovida; tanta molestia, hasta Dios sabe cuando...

—Hasta encontrar otra habitación, que será pronto, porque tendréis para pagarla adelantada.

(Se concluirá).

Maria Mendoza de Vives.

LO QUE SE VE EN CASA DE LA SRA. TUSSAUD,

POR

ALEJANDRO DUMAS.

(Continuación.)

El empleado temió lo que efectivamente había sucedido. El pobre parisien se había desmayado. Apretó el resorte, lo sacó de aquella especie de cepo y á fuerza de hacerle aspirar sales y de rociarle el rostro con agua fría, se consiguió que la víctima abriera los ojos y volviera en sí.

Su primer cuidado fué llevar las manos á la cabeza para asegurarse de que la tenía en su sitio, y así que se cercioró, dió un grito de alegría y sin cuidarse de recoger su sombrero se lanzó á la calle como alma que lleva el diablo.

VII.

Ya oigo á mis lectores preguntarme si al menos nuestro héroe probó la verdadera guillotina de Luis XVI, la misma que tuvo M. Sanson; y justamente estoy en disposición de contestar á esta pregunta.

Habían contado muchos historiadores que en el momento de subir al cadalso Luis XVI se había peleado con los ayudantes del verdugo.

Parecióme que esta circunstancia estaba en oposicion con las demas que acompañaron á su muerte, y me resolví en 1832 ó 33 á ir á casa del ejecutor, con un pretesto cualquiera, á preguntárselo yo mismo.

Pronto encontré una excusa: poseen los ejecutores generalmente remedios contra ciertas enfermedades, sin contar el gran remedio contra la vida. Por esto en Alemania á los verdugos se les da comunmente el nombre de *doctores*.

Sanson vendia un unguento para los reumatismos, cuya pomada, segun el vulgo, la hacia con la manteca de los muertos.

Me presenté en casa de M. Sanson á las ocho de la noche, y un criado me condujo á su habitacion.

Sabia yo que M. Sanson no habia ejecutado nunca; pero estaba presente al pié del cadalso mientras uno de sus ayudantes acababa la obra.

Su hijo Clemente Enrique ejecutaba desde 1820.

Confieso que me sentia embarazado para entablar la negociacion.

Sanson tenia ya sesenta y tres años y era un hombre de fisonomía dulce, melancólica y venerable: me recibió de pié y con la sonrisa en los labios.

Aquella sonrisa queria decir: «Sois un curioso, ya lo veo, mas ¿qué debo hacer para satisfacer vuestra curiosidad?»

Espuse mi pretesto.

—Señor mio, le dije, uno de mis parientes está atacado de reumas, y recurro á vos, porque me han recomendado mucho vuestra pomada, de la que deseo un bote.

Sanson abrió un armario y me dió lo que pedia.

—¿Cuánto os debo? pregunté.

—Segun: ¿es rico ó pobre vuestro pariente?

—¿Para qué quereis saberlo?

—Si es pobre, nada; si es rico, lo que gustéis.

Yo le di diez francos.

—¿Esto es todo lo que deseais? me preguntó.

Yo, á mi vez, le miré sonriendo.

—No, le respondí, desearia aun otra cosa; pero no me atrevo á pedirósela.

—Hablad.

—Francamente, ¿me permitireis...? ¿no es cierto?... Yo no soy como la generalidad de las gentes que aquí vienen...

—No os pregunto quién sois; pero si quereis decir vuestro nombre...

—Soy el autor de *Enrique III*, de *Cristina* y de *Antony*.

—¡Ah! ¡M. Alejandro Dumas! ¡Cuánto siento que no esté aquí mi hijo; es un verdadero entusiasta vuestro, y primero se dejaria acuchillar que dejar de ir á aplaudir vuestras obras la primera noche... pero me parece que ha entrado; aguardad.

Sanson abrió la puerta y gritó:

—¡Enrique! ¡Enrique!

—No ha venido, respondió una voz.

—¡Voto vá! ¡cuánto lo sentirá luego!.. En fin, M. Dumas ¿deciais que deseábais no sé qué?

—Sabeis muy bien, Sr. Sanson, que los autores dramáticos necesitamos saber algunos hechos con todos sus pelos y señales; puede suceder que alguna vez me ocurra sacar á cuento á Luis XVI; ¿qué hay de cierto respecto á la lucha que dicen haber tenido lugar entre él y los ayudantes de vuestro padre al pié del cadalso?

—Oh, caballero, yo puedo decíroslo, porque estaba allí.

—Lo sé, y por eso me he dirigido á vos.

(Se concluirá.)

(Traduccion.)

Jerónimo Lafuente.

EL ODIO.

De todas las pasiones conocidas, no hay ninguna tan franca como el odio.—Cierto que á veces se disfraza con la máscara de la amistad y á veces con la de la buena educacion, pero siempre asoma su horrible gesto á los ojos.

Se disimula el amor, se disimula la ambicion, se disimula la avaricia, se disimula la envidia.—El odio se disimula muy pocas veces.

Es hijo del resentimiento y padre de la venganza.

Para él todos los medios son buenos como conduzcan al fin.—Usa de todas las armas conocidas, segun es el corazon de los seres á quienes domina. Desde la lengua de la mujer, hasta el puñal del asesino.

Su existencia es corta. Sucédele lo que á ciertos reptiles que, en cuanto muerden, mueren. Chupa la sangre como el murciélago vampiro. Ora parece hambrienta fiera, ora despreciable insecto. Aspid venenoso, se introduce en

el pecho enemigo para devorar la presa que persigue.

En la fraseología moderna podríamos llamarle la pasión *resellada*.—Y lo es, en efecto.

El odio no puede ocupar un lugar en el corazón humano sin ser el sustituto del amor ó de la amistad. Se odia lo que antes se amó. El odio no es un principio; es una consecuencia. No es el problema; es el corolario.

Poned á un hombre dentro del sol; dejadle allí que se abraza y cuando esté á punto de carbonizarse, arrojadle sobre la superficie del mar helado. Nada hay mas parecido á tan violento cambio, que el paso del amor al odio.

Desde el te amo al te detesto no hay mas que un paso. Y este paso es muy doloroso.

La distancia es inmensa y se puede atravesar en un segundo. Entre amar y odiar hay un mundo, pero hay tambien una nada. El amor es el *mas* de los matemáticos: el odio el *menos*. Cuando la pasión positiva es sustituida por la pasión negativa de dos corazones son dos líneas paralelas. Solo se encuentran en el infinito. Como si dijéramos, en la otra vida.

Hemos dicho que el odio es el padre de la venganza.

El hombre se agita y Dios le lleva; decia un filósofo.

El odio se agita en el hombre buscando un objeto y el hombre le lleva al lado del objeto que busca.

El perdón es antipático al odio. Es decir, lo sería si le conociera, porque hasta la fecha no le conoce.

Es el odio un comerciante que está siempre á la vista de su negocio. Es un acreedor implacable, una cosa parecida al casero ó á la patrona.

Dice á su víctima: Yo te cedí un lugar en mi corazón.—Te alejaste sin motivo, sin darme las gracias siquiera. Págame. A mí el que me la hace me la paga.

Y casi siempre cobra en sangre, porque este es su plato favorito.

Sí, como ha dicho Madame Stael, el amor nos crea otra vida en la vida, el odio es el infierno de esta otra vida.

Fuego lento es, que consume el alma poco á poco y que no se apaga si la venganza no escupe en él con su nauseabunda baba.

Cuando los pueblos adoran en un rey que les miente amor para que no le arrojen de sus Estados y ven, andando el tiempo, que el fingi-

do amor no fué sino farsa engañosa que tiranizó á esos pueblos mismos, levántanse en son de guerra, transfórmase el cariño en desesperación, derrámase la sangre por las calles y la venganza sucede á la ofensa.

De aquí brota una extraña definición como brota la sangre de una herida.

El odio es la revolución del alma.

Eusebio Blasco.

MODAS.

Distraigamos el ánimo hablando de esas puerilidades que tanto amamos las mujeres, queridas lectoras mías: hoy todo está triste, es verdad: hay muchas que lloran alguna persona querida; pero estas, después de haber pagado un justo y natural tributo al dolor, deben buscar los medios de olvidar su pena, y las que tienen la dicha de que hasta ahora haya respetado el terrible azote á su familia y á sí mismas, necesitan también distraerse de los temores que embargan su ánimo, al mismo tiempo que imploran la piedad del Todopoderoso.

El foulard sigue su marcha triunfante, y se fabrica ya tan fuerte, que sirve para trajes de invierno.

¿En qué consiste el entusiasmo que excita el foulard? En su frescura, su ligereza, y sobre todo su economía: el mismo Shangay que cuesta ocho francos el metro, no es un traje muy costoso, porque, con nueve metros, se obtienen falda y paletot.

La reina de Prusia se ha hecho llevar seis trajes de Shangay de foulard de la India y del mas comun.

La emperatriz ha elegido este año para su equipaje de Compiègne el color azul, pero ese azul hoy llamado *gris doncella*, matiz único, que es el de sus ojos. Se han llevado para S. M. I. varios trajes de foulard Shangay, pañuelos y deliciosos trajes con rayas azules, y á cuadros del mismo color.

Con los trajes de la estación presente se llevan corbatas de batista blanca: los lazos sencillos, son del efecto mas feo; la corbata debe ser completa y pasar por debajo del cuello, ya sea liso, ya bordado: lo único que se puede tolerar es que el lazo esté hecho, para no destrozar la batista con la continuidad de atarla y desatarla: en tal caso, se la deja asegurada por medio de un botón y presilla, que se ocultan debajo del lazo.

Ha vuelto á desplegarse un lujo inaudito en los pañuelos de bolsillo.

Cada traje necesita el suyo particular.

Para negligé, los hay de batista con rayas de color tejidas en sus bordes, ó bien de color crudo con cenefas ó rayas violeta ó azul de Berlin.

Los trajes con lazos Wateau necesitan pañuelos bordados de lazos, que contengan pájaros en nidos de flores.

Hoy, que hay tal esmero en los pañuelos del bolsillo, debemos hablar un poco de perfumes, complemento de esa coqueta prenda que tantos servicios presta á la mujer.

Porque ¿no es un servicio el simular que se oculta con el pañuelo una risa hechicera, para dejarla notar mejor?

¿No es un servicio el enjugar algunas lágrimas vertidas, ó no vertidas, para conquistar del padre, del esposo ó del hermano, un traje bonito, por mas que sea innecesario?

No hay duda: el pañuelo es una de las armas de la mujer, tan débil pero tan astuta, siempre que necesita serlo, para conservar su felicidad ó conseguir su capricho.

No soy yo, por cierto, de las que condenan la coquetería en la mujer; mas quiero verla mimosa que varonil; y es á mi ver mucho mas impática manejando las armas de la coquetería que empleando la aspereza para su familia.

Si es verdad que el pañuelo perfumado es un objeto de lujo y coquetería, la esencia preferida traslada al mundo de los recuerdos, porque los perfumes tienen la mision de hablar al corazon y á los sentidos.

El ramillete de moda es el que se apellida *Mundo Elegante*.

El agua de tocador, á la violeta, no tiene rival para lociones refrescantes.

La esencia de violeta para el pañuelo, el jabon de mil flores, unos polvos nuevos dentríficos, llamados *lacteine* y que no alteran el esmalte de los dientes, son productos del mejor gusto, y que llevan la palma entre todos.

Aunque el Agua de la Florida tenga muchos enemigos, y se la haya acusado de tener plomo, en muy pocos tocadores elegantes deja de ocupar el sitio preferente.

Otro dia hablaremos de trajes, de abrigos y de sombreros, lectoras mías: hoy la moda está estacionada, porque las actuales circunstancias tienen sobresaltados los ánimos, y mas que hechuras nuevas, conviene á las señoras un gabinete cerrado, confortable y bañado de ese perfume que es el sello de las habitaciones de buen tono.

Pamela.

LABORES.

El primero de los dibujos de tapicería que ofrecemos á nuestras constantes favorecedoras, es una greca, que, ejecutada en el cañamazo, llamado *gigante*, alcanza una anchura extraordinaria, sirviendo por tanto para formar portieres alternada con bandas de paño azul, violeta ó carmesí.

Estas bandas de tapicería gruesa alternadas asimismo con otras de paño, sirven para muebles grandes, como sillones, banquetas de ruedas y reclinatorios; se emplean tambien para alfombras y cobertores de lecho que son de gran abrigo, y disfrutan en Francia de mucho y merecido favor, por su elegancia y su comodidad.

A su lado hay un dibujo que servirá para petaca, bordándolo con cuentas de Bohemia y seda de Argel, sobre cuero de color Habana: este modelo se emplea tambien con éxito completo, para bordar la tapa de un cofrecito para alhajas ó para guantes: en este caso la greca, antes esplicada, y que esta inmediata á él, puede servir para los costados del cofrecito.

El segundo lado de nuestro dibujo representa el de una zapatilla de señora, de estilo oriental, y en su centro un medallon azul con una golondrina: el pájaro se borda con mostacilla la parte blanca y la negra y los dos tonos de castaño con seda floja: el fondo azul con lana fina alemana: ambos costados deben prolongarse, hasta que den el tamaño del pié, y ensancharlos siguiendo las listas del dibujo lo que sea necesario: la parte blanca y negra se ejecuta con mostacilla: la amarilla con seda floja, y lo restante con lana alemana poco gruesa.

Esta linda labor, tan agradable como útil para la estacion próxima, es una excelente compañía para la soledad de las señoras, que pasan en su casa la mayor parte del dia, y estamos seguros de que las distraerá de los melancólicos pensamientos que sugiere la época tristísima que vamos atravesando.

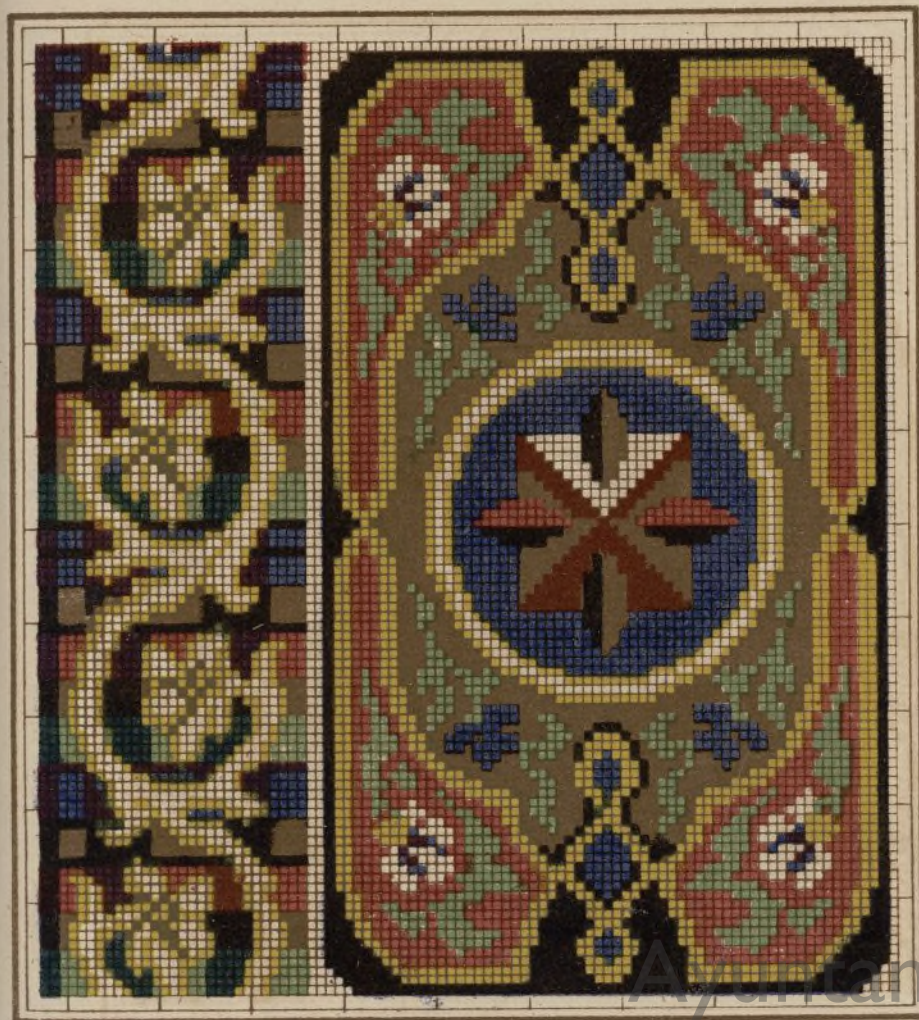
Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARÍA DEL PILAR SINDÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.



EL ANGEL DEL HOGAR